

Los dogmas laicos de hoy



Al hombre contemporáneo no le van los dogmas. Sinónimos, para él, de verdad religiosa indemostrable y estática, los dogmas poco tienen que decir a su mentalidad positivista y progresista. De nada valdrá argumentar que la ciencia posee dogmas y que el progresismo fue la ideología funcional al ascenso de la burguesía y un optimismo indemostrable. En la cultura actual «dogma» o «doctrina» son vocablos imprementables.

Entre las creencias de todo tipo que respiramos, algunas, referidas al ser humano y su destino, se quiera o no reconocer, funcionan como dogmas para la convivencia, que exigen consenso o acatamiento, delimitando la frontera de la ortodoxia de lo culturalmente correcto. Son las que hemos llamado dogmas laicos, algunos de los cuales vamos a examinar en los artículos de este número, deteniéndonos en su contenido (¿qué es lo que afirma? ¿cuál es su sentido origina-

Los dogmas laicos de hoy

Sin embargo, el progresismo, que se le supone al ciudadano «normal», exige inequívocos pronunciamientos y comportamientos de solidaridad, igualdad, sentido de la dignidad, antidogmatismo, alegre instalación en la finitud, tolerancia, etc. En ocasiones, si preguntamos por qué, las razones que nos dan no van más allá del gusto estético, o un porque sí asombrado de tener que explicar lo que, para el interpelado, es evidente por sí mismo.

Pretendiendo a toda costa no ser fundamentalistas, buscando vivir sin fundamentos permanentes –lo cual de tendría por dogmático–, los más inteligentes han gastado sus mejores energías en justificar la coherencia y solidez de una conducta vital que prescindiera de cimientos fijos. Tras ellos, no será difícil encontrar un gregarismo de nuevo cuño que toma por verdad racional e irrefutable aquello que, arbitrariamente, se les dé a creer hoy para decreerlo mañana y pasar a creer otra cosa.

* * *

Pero, realmente, ¿están ausentes los dogmas en la sociedad secular de fin de milenio? Ortega llamó la atención sobre el papel de las creencias en nuestra vida, entendiéndolas éstas como las certidumbres que nos anclan en la realidad, aquellas que ni se nos ocurre poner en cuestión, que son tan indiscutibles que ni somos conscientes de que las profesamos. Cuanto más discretas e imperceptibles, más sinceridad cabe suponerles. Las ideas se tienen, decía, en las creencias se está, vivimos inmersos en ellas.

Algunas de éstas se constituyeron ayer, a partir de las ideas de anteayer llegando, hoy, a ser doctrina. El común de las gentes puede ignorar su génesis y su futura evolución, crearlas fijas, interpretarlas según cánones establecidos inconscientemente e, incluso, erigirse en defensores de su contenido frente a opiniones y conductas desviantes.

rio?), en sus insuficiencias y en las falacias que se propagan en relación a ellos, en las consecuencias que se derivan de la fe en estos dogmas y de las posibles soluciones a las situaciones creadas por el fraude que supone su vigencia ideológica, su tergiversación cotidiana y su incumplimiento en la práctica.

Previamente, advertimos que, si bien nos desagradaba el dogmatismo, los dogmas religiosos o laicos no los entendemos peyorativamente. En otras ocasiones hemos hablado de tabúes éticos, es decir, límites intraspasables y bondades evidentes que aún siendo poco inteligibles por la racionalidad fría, son razonables y sus razones son inteligibles por la racionalidad cálida del «cor-razón» (C. Díaz, *Cuando la razón se hace palabra*).

* * *

No está de más, para entender la situación, buscar el origen común de los dogmas vigentes. A lo largo de los siglos el conjunto de creencias referidas a la convivencia entre los seres humanos se ha justificado siempre religiosamente. En la civilización cristiana el fundamento lo daba la fe en un Dios Padre que hacía de los hombres hermanos y retribuía sus acciones en un más allá. El dogma religioso intervenía en la regulación de la convivencia en la sociedad y entre los pueblos, e incluso en su alteración, como ocurría con la guerra.

Esta situación, llevó a los abusos de una religión indeciblemente mezclada en asuntos de poderío, que administraba algo más que los bienes espirituales, y vino a ser cuestionada religiosamente por la Reforma que, sin negar al Padre, convulsionó la sociedad de los hijos, la Iglesia, introduciendo el pluralismo de interpretaciones doctrinales en algo tan fundante como lo era la religión, a partir de lo cual mucho más fácil debería ser el pluralismo cultural o político.

Pero éste tardó en aparecer. Fue el movimiento ilustrado del siglo XVIII el que socavó los cimientos del

edificio dogmático de la sociedad del Antiguo Régimen, de la política, y la monarquía sacralizada, donde el rey era vicario por la gracia de Dios y los hombres súbditos. Con la cabeza de éste rodaron en el polvo los dogmas que habían regido los siglos pasados. La Revolución Francesa puso otros ideales en su lugar: libertad, igualdad, fraternidad, soberanía del pueblo, república, Razón, etc., y desbrozó el camino para el avance de la democracia y el socialismo. A partir de entonces la verdad ya no vendrá de arriba, ni será un mandamiento revelado, sino más bien consentida o mandada por la voluntad popular.

Pero a un exceso dogmático le podía suceder otro dogmatismo excesivo. Al Dios de Moisés, personal y trascendente, que legislaba para el pueblo, lo podía sustituir la deificación del pueblo, hecho dios inmanente que discierne, por sí mismo, sobre el bien y el mal. El oído bien afinado de Kierkegaard lo auscultaba certeramente, hace siglo y medio: «el panteísmo es una ilusión acústica que confunde la *vox populi* con la *vox dei*». A una desilusión le sucede otra ilusión.

Se planteaba la disyuntiva entre la verdad independiente de la comunidad y la comunidad independiente de la verdad. Lo primero, más propio de la religión, lo segundo de lo político, y la confusión, lo más común.

* * *

Los dogmas laicos de hoy

Pero una ilusión es algo muy inestable y frágil, por eso no pararía aquí el inconformismo sobre los fundamentos, tanto más cuanto la voz del pueblo iba siendo, cada vez más, la voz triunfante de la bur-

guesía y cada menos el clamor de los oprimidos. Y así, cuando Nietzsche acercó su oído a aquella ilusión, le sonó a nuevas músicas celestiales, sospechó y diagnosticó: «lo que es creído por el pueblo como bueno y como malo me revela a mí una vieja voluntad de poder» (*Así habló Zaratustra*, p. 134).

Después, levantó el dedo acusador contra el socialismo, como un ateísmo inconsecuente que, después de arrojar a Dios de fuera de la humanidad para crear el paraíso, pretende que perviva la ley moral dictada por ese Dios inexistente. ¿Por qué seguir siendo religiosos después de matar a Dios? ¿Por qué mantener la farsa moral de una conciencia,

como si hubiera que responder al viejo Dios Omnipotente, cuando se había demostrado su impotencia?: «Veraz llamo yo al hombre que se retira al desierto sin dioses, y ha roto en pedazos su corazón venerador» (o. c. 122).

Y por último profetizó: «...vi venir una gran tristeza sobre los hombres. Hasta los mejores estaban cansados de sus obras.

Una doctrina se difundió, y con ella una fe: «¡Todo está vacío, todo da igual, todo está caducado!» (o. c. 156).

Parecía inevitable eludir que la única doctrina alternativa a todo dogma religioso fuera una doctrina del vacío. Nietzsche, sincero, la reconoce aparejada a... ¡una fe! He aquí la alternativa: una fe cuyo contenido es el vacío, y



Los dogmas laicos de hoy

ésta si que es única, fente a toda fe religiosa que proclama alguna forma de plenitud superadora del mal.

Sólo estas dos posiciones irreductibles pueden pretender estar en la verdad. Sólo ellas pueden ser estables. La verdad sólo puede ser religiosa o nihilista, no nos es dada una tercera opción. Ante esta alternativa, por muy trágica o angustiosa que nos pueda parecer, la única actitud posible con pretensión de verdad es la apuesta, y con ella nos jugamos también la distinción entre bien y mal universalmente aceptable y, por tanto, capaz de actuar como regla común más allá de lo meramente convencional.

* * *

Planteada la alternativa, de no afrontarla, sólo cabía la huída o la elusión, el refugio en la convención o la cesión al pragmatismo. De esta manera, eliminados los dogmas que dan firmes cimientos al pensar y al obrar, se pretendió esquivar la zozobra nihilista, y se procedió a instalar otros dogmas que proporcionasen otras seguridades diferentes a las perdidas, que aseguraran las «pequeñas virtudes» ciudadanas apropiadas a la estabilidad política, contentándose con la propagación de la ilusión de pisar sobre fundamentos sólidos, mediante el recurso a «una visión de la vida que cree que donde se halla la multitud, allí está la verdad» (Kierkegaard).

El surgimiento del mundo laico representa la justa autonomía de lo político de la tutela religiosa y la mayoría de edad de la sociedad civil. Su contenido es histórico, provisional y contingente, nunca definitivo. No tiene que ser necesariamente estable.

No obstante, no le ha faltado a la laicidad la tentación, en la que, a veces, ha llegado a caer, de llegar a ser la única religión. Sea porque la decadencia de las religiones le ha cedido espacio, sea por la aspiración a su imposición absoluta, a medida que sus ideas se han transformado en creencias, ha buscado recurrentemente su ascenso y consagración dogmática de forma más o menos consciente, hasta el punto de plantearse la necesidad de la religión positiva o la religión civil.

Ha sido y es la tentación del salto acrobático de la política a la metafísica para mejor justificar o eternizar la política como obediencia, mediante la difusión de planos o niveles de verdad, (un ejemplo es la pretensión neoliberal de plantear su política como verdadera, necesaria y única, situándola en un plano metafísico).

Así, la imposible tercera opción, en relación a la verdad, apareció desentendiéndose de ésta y erigiéndose en su lugar. Si la posición nihilista, representaba la insensatez para la religiosa, la opción agnóstica viene a declarar insensatos, tento al que dice en su corazón que no hay Dios, como al que proclama que lo hay. Y a ambas pretensiones excéntricas y peligrosas, si interfieren en

la vida pública. Frente a la verdad, que supondría una opción con un punto de locura y una actitud de riesgo, la dogmática laica se presentará como opción por la cordura y la seguridad.

Los dogmas laicos se debaten en un equilibrio inestable entre cordura y temporalidad, por un lado, y orgullo y eternidad, por otro. Cuando se decantan de aquel tienen que ser humildes y conscientes de su precariedad, si lo hacen de éste, dado su movedizo fundamento, al plantear exigencias incondicionadas, la religión de la cordura cae, no en la excentricidad, pero sí en la histeria.

Planteado como religión, ni siquiera el laicismo está exento de veneraciones, devociones y devotos, dogmas y dogmatismos, fundamentalismos y demás patologías religiosas. Como tampoco puede evitar los fariseísmos que proclaman aquello por lo que no sólo no mueren, sino que viven de ello (¡y cómo viven!), dejando la tristeza de las promesas incumplidas desde 1789.

Como no pueden evitar nuevas inquisiciones, al alcance, hoy, de quien tenga la inteligencia necesaria –escasa– para anatemizar, denigrar, ridiculizar, ofender o injuriar a quien se permita dudar, contradecir o no reverenciar sus dogmas. Ni que decir tiene, que no saldrá en la foto ni en la Tele. No nos sorprende pues, de eso, ya nos previno don Antonio Machado:

Jamás perdona el necio si ve la
[nuez vacía
que dio a cascar al diente de la
[sabiduría.

Luis Ferreiro